





## COLUM McCANN

Nació en Dublín en 1965 y vive en Nueva York. Es autor de las novelas *A este lado de la luz*, *El bailarín*, *Zoli* y *Perros que cantan* y de los libros de relatos *El país donde todo debe morir* y *Fishing the Sloe-Black River*. Sus libros han sido traducidos a una treintena de lenguas y han recibido numerosos premios. Colabora en periódicos y revistas como *The Irish Times*, *The New York Times*, *The Guardian*, *The Independent*, *The New Yorker*, *The Atlantic Monthly*, *GQ*, *Paris Review*, *Die Zeit*, *La Republicca* y *Paris Match* e imparte clases de escritura creativa en el Hunter College. Su cortometraje *Everything in this Country Must* fue nominado al Oscar en 2005. Ha ganado el prestigioso National Book Award 2009 con *Que el vasto mundo siga girando*.



QUE EL VASTO MUNDO  
SIGA GIRANDO



Colum McCann

QUE EL VASTO MUNDO  
SIGA GIRANDO

Traducción de Jordi Fibla



Título original: *Let the Great World Spin*

© Colum McCann, 2009

© traducción: Jordi Fibla, 2010

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2010

Pérez Galdós, 36 - 08012 Barcelona

rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Primera edición: marzo de 2010

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación  
puede ser reproducida, almacenada  
o transmitida por ningún medio  
sin permiso del editor.

Ref.: OAF1390

ISBN: 978-84-9867-745-4

Composición: Víctor Igual, S.L.

DEPÓSITO LEGAL: B. 0.000-2010

Impreso por

*Para John, Frank y Jim.  
Y, por supuesto, para Allison.*



«Todas las vidas que podríamos vivir, todas las personas a las que jamás conoceremos, que jamás seremos, están por todas partes. En eso consiste el mundo.»

ALEKSANDAR HEMON,  
*El proyecto Lázaro*



## ÍNDICE

LOS QUE LO VIERON SE CALLARON	15
LIBRO PRIMERO	
Con todos mis respetos al cielo, esto me gusta	25
Un Miró en la pared, como el espejo mágico del cuento	109
Miedo al amor	165
QUE EL VASTO MUNDO SIGA GIRANDO ETERNAMENTE	221
LIBRO SEGUNDO	
Grafitos	235
Desde el Oeste a través del éter	247
Ésta es la casa que levantó el caballo	275
LOS RESONANTES SURCOS DEL CAMBIO	325
LIBRO TERCERO	
Una pieza del sistema	337
Centavos	373
Salve y aleluya	387
LIBRO CUARTO	
Rugiendo hacia el mar, y me voy	437
Nota del autor	471
Agradecimientos	473



LOS QUE LO VIERON SE CALLARON. En la calle Church. Liberty. Cortlandt. La calle West. Fulton. Vesey. Era un silencio que se oía a sí mismo, atroz y hermoso. Al principio algunos pensaron que se trataba de un fenómeno luminoso, una forma casual debida a la manera en que caían las sombras. Otros imaginaron que era la perfecta broma de la ciudad; detenidos y señalando hacia arriba, los transeúntes se congregaban, alzaban las cabezas, asentían, afirmaban, todos miraban arriba, a nada en absoluto, como si esperasen el final de un gag de Lenny Bruce. Pero cuanto más se prolongaba la espera, más seguros estaban. Él se encontraba en el borde mismo del edificio. Su silueta oscura chocaba contra el gris de la mañana. Tal vez era un limpiador de ventanas. O un trabajador de la construcción. O alguien que iba a lanzarse al vacío.

Allá arriba, a ciento diez pisos de altura, completamente inmóvil, un juguete oscuro contra el cielo nublado.

Sólo se le podía ver desde ciertos ángulos, de manera que los espectadores tenían que detenerse en las esquinas, encontrar un hueco entre los edificios o zigzaguear desde las sombras para poder ver sin las obstrucciones de cornisas, gárgolas, balaustradas y bordes de tejados. Nadie había comprendido todavía qué era la línea que se extendía a sus pies desde una torre a la otra. Más bien la forma humana era lo que los retenía allí, las cabezas hacia atrás, divididos entre la promesa de una catástrofe y la decepción de lo normal y corriente.

Se les planteaba el dilema del espectador: no querían esperar a cambio de nada, un idiota en el borde del precipicio de las torres, pero tampoco querían perderse el momento en caso de que resbalara, lo detuvieran o se lanzara al vacío con los brazos extendidos.

Alrededor de los espectadores seguían produciéndose los ruidos cotidianos de la ciudad. Bocinazos. Camiones de la basura. Silbidos de los transbordadores. El retumbar del metro. El autobús M22 se detuvo junto al bordillo, frenó y soltó un resoplido sobre un bache. Un envoltorio volante de chocolatina chocó con una boca de incendios. Golpetazos de puertas de taxi. Fragmentos de basura se peleaban como gallos en las profundidades más oscuras de los callejones. Las zapatillas deportivas encontraban el lugar más apropiado en el que detenerse. El cuero de los portafolios rozaba contra las perneras de los pantalones. Algunas conteras de paraguas tintineaban contra el suelo. Las puertas giratorias empujaban a la calle retazos de conversación.

Pero los espectadores podrían haber tomado la totalidad de los sonidos, prensándolos en un solo sonido, y aun así no habrían oído gran cosa: incluso al maldecir lo hacían de una manera sosegada, reverente.

En la esquina de Church y Dey se formaban grupitos al lado de los semáforos. Se reunían bajo la marquesina de la barbería de Sam, en el umbral de la tienda de artículos audiovisuales de Charlie. Se abrían paso con los codos junto a las ventanas del edificio Woolworth. Abogados. Ascensoristas. Médicos. Trabajadores de la limpieza. Ayudantes de cocinero. Mercaderes de brillantes. Vendedores de pescado. Putas con tejanos de fondillos desgarrados. Todos ellos tranquilos por la presencia de los demás. Taquígrafas. Repartidores. Hombres anuncio. Tahúres. Compañía eléctrica. Telefónica. Wall Street. Un cerrajero en su furgoneta en la esquina de Dey y Broadway. Un mensajero en bicicleta apoyado en un poste de farola en West. Un

borracho rubicundo en busca de unos tragos a primera hora de la mañana.

Lo atisbaron desde el transbordador de Staten Island. Desde los almacenes de envasado de carne en el lado oeste. Desde los nuevos rascacielos en Battery Park. Desde los taburetes y mesitas de desayuno en Broadway. Desde la plaza que se extendía abajo. Desde las torres mismas.

Cierto que había quienes hacían caso omiso del alboroto, que no querían que los molestaran. Eran las siete y cuarenta y siete de la mañana y no estaban en condiciones de hacer más que sentarse a una mesa, empuñar un bolígrafo o responder al teléfono. Habían salido de las estaciones de metro, se habían apeado de autocares y autobuses municipales, habían cruzado la calle a toda mecha y rechazaban la perspectiva de quedarse allí mirando. Otro día, otra pena. Pero al pasar junto a los grupitos de personas agitadas, empezaban a caminar más despacio. Algunos se detenían, se encogían de hombros, se volvían con aire despreocupado, iban a la esquina, tropezaban con los espectadores, se ponían de puntillas, miraban por encima de la multitud y entonces se presentaban con un «ostras» o un «atiza» o un «hostia santa».

El hombre que estaba allá arriba permanecía rígido, no obstante, su misterio era móvil. Se encontraba al otro lado de la barandilla de la plataforma de observación en la torre sur, y en cualquier momento podía emprender el vuelo.

Por debajo de él, una paloma solitaria se abalanzó desde el piso superior del Federal Office Building, como si anticipara la caída. El movimiento atrajo las miradas de algunos espectadores que siguieron el gris aleteo contra la pequeñez del hombre en pie. El ave voló de un alero a otro, y fue entonces cuando los espectadores observaron que se les habían unido otros en las ventanas de las oficinas, cuyas persianas se alzaban al tiempo que levantaban algunos paneles de vidrio. Todo lo que podía verse era unos codos, el extremo de unas mangas de camisa

o un brazalete, pero entonces se les unía por encima una cabeza o un par de manos de curioso aspecto que levantaban todavía más el panel de vidrio. En las ventanas de los rascacielos cercanos había personas que miraban al exterior, hombres en mangas de camisa y mujeres con blusas brillantes oscilando tras el vidrio como si fueran apariciones en una casa de la risa.

Todavía a mayor altura, un helicóptero del servicio meteorológico trazó un giro mientras descendía un poco sobre el Hudson (una reverencia al hecho de que el día, aunque veraniego, sería nublado y fresco de todos modos) y las aspas marcaron un ritmo sobre los almacenes del lado oeste. Al principio el helicóptero avanzaba ladeado, luego se abrió una ventanilla lateral corredera, como si necesitara aire. Una lente apareció en la ventanilla abierta. Por un instante, un destello de luz impactó en ella. Al cabo de un momento, el helicóptero corrigió su posición y giró por el espacio.

Los agentes de un coche patrulla que se encontraba en la autopista del West Side encendieron las luces y viraron bruscamente por la rampa de salida, dotando de mayor magnetismo a la mañana.

La atmósfera alrededor de los espectadores se hizo más densa, ahora que las sirenas habían establecido la oficialidad de la jornada. Charlaban entre ellos, su equilibrio tambaleante, su serenidad desvaneciéndose, se volvían unos hacia otros y empezaban a especular: ¿saltaría el hombre de allá arriba, caería, avanzaría de puntillas por el saledizo, trabajaría allí, estaría solo, sería un señuelo, llevaría uniforme, tenía alguien unos prismáticos? Perfectos desconocidos se tocaban los codos. Soltaban tacos, susurraban que había habido un atraco frustrado, que aquel hombre era un ladrón escalador de paredes, que había tomado rehenes, que era árabe, judío, del IRA, que no era más que un ardid publicitario, un chanchullo empresarial, *Tome más Coca-Cola, Coma más Fritos, Fume más Parliaments, Rocíe más Lysol, Ame más a Jesús*. O que era un mani-

festante e iba a colgar una pancarta con un eslogan, la deslizaría desde el saledizo de la torre, la dejaría allí sacudida por la brisa, como una gigantesca pieza de colada: ¡NIXON FUERA YA!, ¡RECUERDA VIETNAM, TÍO SAM! ¡INDEPENDENCIA PARA INDOCHINA!, y entonces alguien dijo que tal vez era un piloto de ala delta o un paracaidista, y todos los demás se rieron, pero estaban perplejos por el cable que el hombre tenía a los pies. Y empezaron de nuevo los rumores, una colisión de maldiciones y susurros, aumentada por la intensificación de las sirenas, que les aceleraban todavía más los latidos cardiacos. El helicóptero encontró un lugar apropiado cerca del lado oeste de las torres, mientras abajo, en el vestíbulo del World Trade Center, los policías corrían por el suelo de mármol, los agentes se sacaban las insignias de debajo de sus camisas, las brigadas de bomberos llegaban a la plaza y el rojo y azul de las luces policiales destellaba en el vidrio. Llegó un camión de caja plana con una grúa de cesta. Sus gruesos neumáticos rebotaban en el bordillo. Alguien se echó a reír cuando el brazo de la grúa se movió hacia la fachada y el conductor miró arriba, como si la grúa pudiera alcanzar aquella enorme altura. Los guardias de seguridad gritaban por sus receptores-transmisores. La mañana de agosto se abrió de par en par, y los espectadores se clavaron en el suelo. Nadie iría a ninguna parte durante un rato. Las voces aumentaron en un crescendo, se oían toda clase de acentos, era como una gran torre de Babel, hasta que un hombrecillo pelirrojo de la compañía Home Title Guarantee, que estaba en la calle Church, alzó la persiana de su despacho, puso los codos en el alféizar, aspiró hondo, se asomó al exterior y rugió hacia la lejanía: ¡Hazlo, gilipollas!

Hubo una pausa previa a la risa, un instante antes de que los espectadores reaccionaran, una reverencia a la irreverencia de aquel hombre, porque en el fondo eso era lo que muchos de ellos sentían: ¡hazlo, por el amor de Dios!, ¡hazlo de una vez! Y entonces se liberó un torrente de cháchara, una respuesta a la

llamada, que pareció ondularse desde el alféizar de la ventana hasta la acera y a lo largo del agrietado pavimento hasta la esquina de Fulton, para seguir por la manzana a lo largo de Broadway, donde zigzagueó por John, se curvó alrededor de Nassau y siguió adelante, un dominó de risa, pero no exenta de cierto nerviosismo, un anhelo, un temor reverencial. Muchos de los espectadores comprendieron estremecidos que, al margen de lo que dijeran, lo cierto era que querían presenciar una gran caída, ver a alguien arquearse hacia abajo desde aquella altura, desaparecer de la línea de visión, agitar las extremidades, estrellarse contra el suelo y proporcionar al miércoles una electricidad, un significado. Por una fracción de segundo necesitaban convertirse en una familia, mientras que los demás (los que querían que el hombre siguiera donde estaba, que aguantara, que llegara al borde pero no fuese más allá) se sentían ahora redimidos por la indignación que les causaba los que gritaban: querían que el hombre se salvara, que retrocediera a los brazos de los policías, en vez de avanzar hacia el cielo.

Ahora estaban animados.

Agitados.

Las líneas estaban trazadas.

¡Hazlo, gilipollas!

¡No lo hagas!

En la parte alta seguía la acción. Cada mínimo movimiento del hombre vestido de oscuro contaba. Se dobló, se inclinó hacia adelante, como si se examinara los zapatos, como una marca de lápiz que casi ha sido borrada por completo. Adoptó la postura de un saltador. Y entonces lo vieron. Los espectadores guardaron silencio. Incluso los que habían querido que el hombre saltara notaron la inmovilidad del aire. Retrocedieron profiriendo sonidos lastimeros.

Una persona se deslizaba por el aire.

Era hombre muerto. Lo había hecho. Algunos se santiguaron. Cerraron los ojos. Esperaron el ruido sordo del impacto

contra el suelo. El cuerpo giró, permaneció un instante inmóvil y dio una voltereta, arrojado de un lado a otro por el viento.

Un grito surgió de entre los espectadores, una voz femenina: Oh, Dios mío, es una camisa, nada más que una camisa.

Caía, caía, caía, sí, una sudadera que revoloteaba. De pronto dejaron de mirarla, porque en las alturas, el hombre, que había estado agachado, se enderezó. Un nuevo silencio se instaló entre los policías allá arriba y los espectadores abajo. Una acometida de emoción onduló entre ellos, porque el hombre, al erguirse, tenía entre las manos una vara larga y delgada, y la movía, comprobando su peso, la hacía cabecear en el aire. Una vara larga y negra, tan flexible que los extremos oscilaban. Su mirada estaba fija en la torre de enfrente, todavía rodeada por un andamio, como un animal herido en espera de que le dieran alcance. Ahora todo el mundo comprendía la finalidad del cable a sus pies y ya no había posibilidad de que se marcharan de allí. No habría café matinal, ni cigarrillo en la sala de conferencias, ni despreocupado arrastre de los pies por la moqueta, la espera se había convertido en algo mágico. Miraban al hombre que alzaba un pie enfundado en una zapatilla oscura, como si estuviera a punto de entrar en un agua cálida y gris.

Abajo, los espectadores retuvieron el aliento. De repente tenían la sensación de compartir el aire. El hombre que estaba allá arriba era una palabra que conocían, aunque no la habían oído hasta entonces.

Siguió adelante.



# LIBRO PRIMERO



CON TODOS MIS RESPETOS AL CIELO,  
ESTO ME GUSTA

La pericia musical de nuestra madre era una de las muchas cosas que a mi hermano Corrigan y a mí nos encantaban de ella. En Dublín, en la sala de estar de nuestra casa, tenía una pequeña radio sobre el Steinway, y los domingos por la tarde, tras explorar las emisoras que encontraba, Radio Éireann o la BBC, levantaba la tapa lacada del piano, extendía el vestido alrededor del taburete de madera y trataba de reproducir de memoria la música que acababa de escuchar: frases melódicas de jazz, baladas irlandesas y, si encontrábamos la emisora apropiada, las antiguas tonadas de Hoagy Carmichael. Nuestra madre tocaba con un talento natural, a pesar de las dificultades de movilidad de una mano que se le había roto muchas veces. Nunca supimos el motivo de la fractura; era algo de lo que no se hablaba. Cuando terminaba de tocar, se acariciaba ligeramente la muñeca. Yo pensaba que las notas todavía vibraban entre sus huesos, como si pudieran brincar de uno a otro por encima de la fractura. Al cabo de todos estos años, aún puedo sentarme en el museo de aquellas tardes y recordar la luz que se derramaba sobre la alfombra. En ocasiones nuestra madre nos rodeaba a los dos con sus brazos y entonces guiaba nuestras manos para que aporreásemos las teclas.

Supongo que ya no está de moda tener una buena opinión de tu madre como la teníamos nosotros entonces, a mediados de la década de 1950, cuando el ruido al otro lado de la ventana lo causaban sobre todo el viento y el rumor del mar.

Uno busca el punto flaco, la pata más corta en el taburete del piano, la tristeza que nos distanciaría de ella, pero la verdad es que cada uno de nosotros se sentía a gusto con los otros dos, y nunca de un modo tan evidente como aquellos domingos en que la grisácea lluvia caía sobre Dublín y las ráfagas de viento azotaban el vidrio de la ventana.

Nuestra casa de Sandymount daba a la bahía. Teníamos un sendero de acceso corto y lleno de hierbajos, un poco de césped y una valla de hierro negra. Bastaba cruzar la carretera para llegar al curvo espigón, desde donde se tenía una buena panorámica de la bahía. Al final de la carretera había un grupo de palmeras. Eran más pequeñas y achaparradas que las de cualquier otro lugar, pero resultaban exóticas, parecía que las hubieran invitado a trasladarse allí y contemplar la lluvia de Dublín. Corrigan se sentaba en el muro, lo golpeaba con los talones y contemplaba el agua más allá de la playa. Ya entonces debería haberme dado cuenta de que llevaba el mar en las venas y que algún día respondería a su llamada. Subía la marea y el agua crecía a sus pies. Por la noche recorría la carretera y pasaba frente a la torre Martello hasta llegar a los baños públicos abandonados, donde se balanceaba en lo alto del espigón, siempre con los brazos bien abiertos.

Las mañanas de los fines de semana paseábamos con nuestra madre con el agua hasta los tobillos. Mirábamos hacia atrás para ver la hilera de casas, la torre y las delgadas columnas de humo que salían de las chimeneas. Dos enormes chimeneas de central eléctrica rojas y blancas, pertenecientes a la refinería de petróleo, rompían la línea del horizonte al este, pero el resto era una suave curva con gaviotas en el aire, los buques correo procedentes de Dun Laoghaire y las nubes que se deslizaban en el horizonte. Con la marea baja, la franja de arena era ondulada y a veces se podía caminar hasta cuatrocientos metros entre los charcos aislados y los viejos desechos, como los alargados cascos de maquinilla de afeitar o los armazones de camas metálicas.

La bahía de Dublín parecía un ser que palpitaba lentamente, como la ciudad a la que su forma de herradura envolvía. En ocasiones una tormenta hacía que el agua azotara el muro. Una vez el mar había llegado hasta allí, se detenía. La sal revestía las ventanas de nuestra casa. La aldaba de nuestra puerta era roja de tan oxidada.

Cuando hacía mal tiempo, Corrigan y yo nos sentábamos en la escalera. Nuestro padre, que era médico, nos había dejado años atrás. Una vez a la semana nos llegaba un cheque; lo encontrábamos en el buzón, dentro de un sobre con matasellos de Londres. Nunca una nota, tan sólo un cheque de un banco de Oxford. Cuando lo dejabas caer giraba en el aire. Siempre corríamos a llevárselo a nuestra madre. Ella lo colocaba bajo un florero, en el alféizar de la ventana, y al día siguiente había desaparecido. Jamás hacíamos ningún comentario.

El único otro signo de nuestro padre era un armario ropero que contenía sus viejos trajes y pantalones. Estaba en el dormitorio de nuestra madre. Corrigan abría el armario. Nos sentábamos en la oscuridad, apoyando la espalda en los ásperos paneles de madera, y deslizábamos los pies en los zapatos de nuestro padre. Dejábamos que sus mangas nos tocaran las orejas y notábamos la frialdad de los botones de sus puños. Una tarde, nuestra madre nos descubrió vestidos con sus trajes grises, las mangas enrolladas y los pantalones sujetos con elásticos. Cuando ella llegó, íbamos de un lado a otro calzados con los enormes zapatos. Nos vio y se quedó inmóvil en el umbral. La habitación estaba tan silenciosa que se oía el sonido del radiador.

—Bueno, venid aquí —nos dijo, mientras se arrodillaba en el suelo ante nosotros. En su cara apareció una sonrisa que parecía una mueca de dolor. Nos besó en la mejilla y nos dio unas palmadas en el trasero—. Ahora id a correr.

Lentamente nos despojamos de las ropas de nuestro padre y las dejamos amontonadas en el suelo.

Más tarde, aquella noche, oímos el tintineo de las perchas mientras ella colgaba de nuevo los trajes en el armario.

En el transcurso de los años hubo las habituales pataletas, las narices hemorrágicas y las cabezas rotas por balancines en forma de caballo. Además, nuestra madre tuvo que enfrentarse a los susurros de los vecinos y, a veces, incluso a las atenciones de los viudos de la vecindad, pero, en general, ante nosotros se extendían unas cómodas perspectivas, serenas, abiertas, un espacio gris y arenoso.

Corrigan y yo compartíamos un dormitorio que daba al mar. Sucedió con discreción, sigo sin recordar cómo: él, dos años menor que yo, tomó posesión de la litera superior. Dormía boca abajo, viendo la oscuridad a través de la ventana. De noche, decía sus oraciones (a las que él llamaba «versos para dormir») con un ritmo rápido y cortante. Eran sus propios encantamientos, casi del todo indescifrables para mí, con extraños accesos de risa socarrona y largos suspiros. Cuanto más próximo estaba a dormirse, más rítmicas se hacían las plegarias, una especie de jazz, aunque a veces, en medio de todo aquello, le oía maldecir y sus rezos perdían de inmediato su carácter sagrado. Yo conocía la retahíla católica (el padrenuestro, el avemaría), pero eso era todo. Era un niño inexperto, sosegado, y Dios ya era un incordio para mí. Le daba a Corrigan un ligero puntapié en el trasero y él se callaba un rato, pero volvía a empezar. A veces, me despertaba por la mañana y mi hermano estaba a mi lado, rodeándome con un brazo y respirando al ritmo de sus oraciones.

Me volvía hacia él.

—Por Dios, Corr, cállate.

Mi hermano tenía la piel clara, el cabello oscuro y los ojos azules. Era la clase de niño al que todo el mundo le sonrío. Bastaba con que te mirase para que sintieras vibrar tu fibra sensible. Encantaba a la gente. En la calle, las mujeres le revolvían el pelo. Los obreros le daban suaves golpecitos en el hombro. Él

no tenía idea de que su presencia sustentaba a la gente, los hacía felices, despertaba en ellos unos anhelos inverosímiles. Él se limitaba a seguir su camino, indiferente.

Cuando yo tenía once años, una noche me despertó una fría ráfaga de viento. Me acerqué a la ventana dando traspiés, pero estaba cerrada. Encendí la luz y la habitación se volvió amarilla al instante. Alguien estaba agachado en medio de la estancia.

—¿Corr?

De su cuerpo se desprendía aún la frialdad de la noche. Tenía las mejillas enrojecidas y el pelo un poco húmedo. Oía a tabaco. Se llevó un dedo a los labios para que me callara y subió por la escalera de madera.

—Duérmete —me susurró desde la litera superior. El olor a tabaco persistía en el aire.

Por la mañana saltó al suelo, con el grueso anorak encima del pijama. Estaba temblando cuando abrió la ventana y golpeó los zapatos contra el alféizar para que la arena se desprendiese y cayera al jardín.

—¿Adónde has ido?

—Sólo he caminado por la orilla —respondió.

—¿Fumabas?

Él desvió la vista y se restregó los brazos para entrar en calor.

—No.

—No debes fumar, ¿sabes?

—No he fumado —insistió.

Más tarde nos colgamos las carteras a la espalda y nuestra madre nos llevó a la escuela. En las calles soplaba una gélida brisa. Al llegar a la entrada del edificio, ella hincó una rodilla en el suelo, nos rodeó con los brazos, nos puso bien las bufandas y nos besó primero a uno y después al otro. Cuando se levantó para marcharse, algo atrajo su mirada al otro lado de la carretera, junto a la verja de la iglesia, una forma oscura en-

vuelta en una gran manta roja. El hombre saludó, levantando una mano, y Corrigan le devolvió el saludo.

En los alrededores de Ringsend había muchos borrachos viejos, pero la visión de aquel hombre pareció afectar a mi madre, y por un momento me pareció que podría haber algún secreto entre ellos.

—¿Quién es, mamá? —le pregunté.

—Vamos, corred —respondió—. Ya hablaremos después de la escuela.

Mi hermano caminaba a mi lado, silencioso.

—¿Quién es, Corrie? —Le di un coscorrón—. ¿Quién es?

Él se alejó hacia su clase.

Permanecí todo el día sentado ante mi pupitre de madera, royendo el lápiz, pensando... visiones de un tío olvidado, o de nuestro padre, que de alguna manera había vuelto, pero fracasado. En aquel entonces nada estaba fuera de la esfera de lo posible. El reloj pendía al fondo del aula, junto a él, sobre la pila, había un viejo y manchado espejo y, si buscaba el ángulo adecuado, podía ver las manecillas que iban hacia atrás. Cuando sonó el timbre, me apresuré a salir, pero Corrigan tomó la carretera larga, caminando despacio entre las fincas, pasando ante las palmeras y recorriendo el espigón.

Sobre la litera de Corrigan había un paquete blando, envuelto en papel marrón. Se lo di. Mi hermano se encogió de hombros, deslizó un dedo por el cordel y, vacilando, tiró de él. Dentro había otra manta, una Foxford de un azul suave. La desdobló, la dejó caer a lo largo, miró a nuestra madre y asintió.

Ella se tocó la cara con el dorso de los dedos y le dijo:

—Nunca más, ¿entiendes?

Eso fue todo lo que mencionó, hasta que dos años después él también regaló aquella manta, a otro borracho sin techo, en otra noche helada, junto al canal, durante uno de sus paseos en plena noche, cuando bajaba las escaleras de puntillas y salía a la oscuridad. Para Corrigan era una simple ecuación: otros ne-

cesitaban las mantas más que él, y estaba dispuesto a aceptar el castigo si era necesario. Ésa fue la primera pista que tuve de aquello en lo que mi hermano se convertiría y que más tarde vería entre los desheredados de Nueva York (las putas, los chaperos, los desahuciados). Todos cuantos se aferraban a él como si fuese un aleluya brillante en el cajón de mierda que en realidad era el mundo.

Corrigan empezó a beber muy joven, a los doce o trece años. Lo hacía una vez a la semana, los viernes por la tarde al salir de la escuela. Corría desde las puertas de Blackrock hacia la parada del autobús. Se quitaba la corbata del uniforme y doblaba la chaqueta como un bulto, mientras yo me quedaba en los campos de la escuela jugando al rugby. A veces, le veía subir de un salto al 45 o el 7A, su silueta se movía, como si tirasen de ella, hacia los asientos del fondo.

A Corrigan le gustaban los lugares donde había poca luz. La zona portuaria. Los albergues para vagabundos. Los rincones donde los adoquines estaban rotos. A menudo se sentaba con los borrachos en Frenchman's Lane y Spencer Row. Llevaba una botella consigo y la pasaba a los demás. Si se la devolvían, bebía con un gesto ceremonioso, pasándose por la boca el dorso de la mano, como si fuese un borracho experimentado. Cualquiera podía ver que no era un borracho auténtico, pues no buscaba el trago y sólo bebía de la botella cuando se la ponían en la mano. Imagino que tenía la sensación de que encajaba. Los borrachos más empedernidos se reían de él, pero no le importaba. Le estaban utilizando, por supuesto. No era más que otro mocoso probándose los zapatos del pobre, pero tenía algunas monedas en el bolsillo y siempre estaba dispuesto a dárselas. Ellos le enviaban a la licorería en busca de botellas, a la tienda de la esquina, donde vendían cigarrillos sueltos.

Ciertos días regresaba a casa sin calcetines. En otras ocasio-

nes volvía sin camisa y subía corriendo la escalera antes de que nuestra madre lo sorprendiera. Se cepillaba los dientes, se lavaba la cara y bajaba, totalmente vestido, con los ojos un poco soñadores pero no tan bebido como para que lo descubrieran.

—¿Dónde estabas?

—Haciendo el trabajo de Dios.

—¿Y el trabajo de Dios consiste en no cuidar de tu madre?

—Ella le ponía bien el cuello de la camisa mientras él se sentaba a la mesa para cenar.

Cuando llevaba un tiempo con los vagabundos, empezó a encajar, se adaptó al medio, se mezcló con ellos. Los acompañaba a los albergues de vagabundos de la calle Rutland y se sentaba repantigado contra la pared. Escuchaba sus relatos, unas historias largas y llenas de divagaciones que parecían arraigadas en una Irlanda completamente distinta. Para Corrigan era un aprendizaje: se introducía en su pobreza como si quisiera poseerla. Bebía. Fumaba. Jamás mencionaba a nuestro padre, ni a mí, ni a nadie. Pero yo me percataba de que allí estaba nuestro padre desaparecido. Corrigan lo ahogaba en jerez, o lo escupía lejos como una hebra de tabaco barato que se le hubiera adherido a la lengua.

La semana que cumplió catorce años, mi madre me envió a buscarle. Corrigan había estado ausente todo el día y mi madre le había horneado una tarta. Una llovizna nocturna caía sobre Dublín. Pasó un carro tirado por un caballo con la luz de su dínamo encendida. Lo observé mientras se alejaba calle abajo. Escuché el golpeteo de los cascos y me fijé en como se desvanecía la luz. En esas ocasiones detestaba la ciudad, pues ésta no tenía ningún deseo de abandonar su manto gris. Pasé ante las pensiones, los anticuarios, los cereros y los proveedores de medallas litúrgicas. El albergue para vagabundos se distinguía por su puerta. Era una verja negra con los barrotes afilados. Fui a la parte trasera, donde estaban los cubos de basura. La lluvia goteaba desde una cañería rota. Pasé por encima de un montón

de cajas de madera y cartón llamándole a gritos. Cuando le encontré, estaba tan bebido que no podía tenerse en pie. Le cogí del brazo.

—Hola —me dijo sonriente.

Cayó contra la pared y se hizo un corte en una mano. Se quedó inmóvil, mirándose la palma. La sangre le corría por la muñeca. Uno de los borrachos más jóvenes, un gamberro con camiseta roja, le escupió. Ésa fue la única vez que vi a Corrigan tratar de darle un puñetazo a alguien. Falló, pero la sangre de su mano salió volando, y en ese mismo instante supe que nunca olvidaría aquel momento: Corrigan golpeando el aire y las gotas de su sangre rociando la pared.

—Soy pacifista —farfulló.

Le acompañé a lo largo del río Liffey, más allá de los barcos carboneros, hasta Ringsend, donde le lavé con agua de la vieja bomba accionada a mano de Irishtown Road. Él me tomó la cara en sus manos. «Gracias, gracias.» Se echó a llorar cuando llegamos a la carretera de la playa que conducía a nuestra casa. Una profunda oscuridad se cernía sobre el mar. De las palmeras junto a la carretera se desprendían gotas de lluvia. Le ayudé a subir desde la arena. «Soy débil», me dijo. Se pasó la manga por los ojos, encendió un cigarrillo y le entró un acceso de tos que se convirtió en un vómito.

Al llegar a casa, en la entrada, vio luz en el dormitorio de nuestra madre.

—¿Está despierta?

Avanzó despacio por el sendero de acceso, pero una vez dentro de la casa subió a toda prisa la escalera y se arrojó en sus brazos. Ella notó el olor a bebida y tabaco, pero no dijo nada. Le preparó el baño y se sentó al otro lado de la puerta. Silenciosa, al principio, empezó a estirar los pies en el rellano, y entonces apoyó la cabeza en la jamba de la puerta y exhaló un suspiro: era como si también ella estuviese en una bañera, tendiendo los brazos hacia días que aún no formaban parte del recuerdo.

Él se vistió y salió al rellano, y ella le restregó con la toalla el pelo seco.

—No volverás a beber, ¿verdad, cariño?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Los viernes toque de queda. A las cinco en casa. ¿Me oyes?

—Es bastante justo.

—Prométemelo.

—Que me muera si no te obedezco.

Tenía los ojos inyectados en sangre.

Ella le besó en el pelo y lo atrajo hacia sí.

—Abajo hay una tarta para ti, cariño.

Corrigan suspendió sus excursiones de los viernes durante dos semanas, pero pronto empezó a reunirse de nuevo con los borrachos. Era un ritual que no podía abandonar. Los vagabundos le necesitaban, o por lo menos le querían, pues para ellos era un ángel loco e increíble. Aún bebía con ellos, pero sólo en días especiales. En general, estaba sobrio. Tenía la idea de que los hombres buscaban realmente alguna clase de Edén, y que cuando bebían regresaban a él, pero al llegar allí eran incapaces de quedarse. No intentaba convencerlos de que dejaran de hacerlo. Ése no era su estilo.

Me habría sido fácil sentir desagrado por Corrigan, mi hermano pequeño que entusiasmaba a la gente, pero había algo en él que me lo impedía. Su tema era la felicidad, lo que es y lo que podría no haber sido, dónde podría encontrarla y dónde podría haber desaparecido.

Cuando murió nuestra madre, yo tenía diecinueve años y Corrigan diecisiete. Fue una lucha breve y rápida contra un cáncer renal. Lo último que nos dijo fue que no nos olvidáramos de correr las cortinas para que la luz no decolorase la alfombra de la sala de estar.

El primer día de verano la llevaron al hospital Saint Vincent. La ambulancia dejó huellas húmedas a lo largo de la ca-

rretera paralela al mar. Corrigan pedaleaba con todas sus fuerzas detrás de ella. La pusieron en una larga sala repleta de pacientes. Le conseguimos una habitación privada y la llenamos de flores. Nos turnábamos para sentarnos a su lado y le peinábamos el cabello largo y quebradizo al tacto. Manojos de pelos se quedaban enganchados en el peine. Por primera vez en su vida tenía mal aspecto, su cuerpo la traicionaba. El cenicero, al lado de la cama, estaba lleno de pelos. Me aferraba a la idea de que si conservábamos sus largas hebras grises podríamos volver a la situación anterior. Eso era todo lo que podíamos hacer. Duró tres meses. Murió un día de septiembre, cuando la luz del sol lo inundaba todo.

Nos sentamos en la habitación a esperar que los enfermeros se llevaran su cadáver. Corrigan estaba en medio de una oración cuando una sombra apareció en el quicio de la puerta.

—Hola, chicos.

Nuestro padre expresaba su dolor con un marcado acento inglés. Una estrecha franja de luz incidía en él. Estaba pálido y encorvado. Tenía cuatro pelos, pero sus ojos eran de un azul diáfano. Se quitó el sombrero y se lo puso en el pecho.

—Lo siento, muchachos.

Fui a estrecharle la mano. Me sorprendí al ver que era más alto que él. Me puso la mano en el hombro y lo apretó.

Corrigan permanecía silencioso en el rincón.

—Dame la mano, hijo —le pidió nuestro padre.

—¿Cómo has sabido que estaba enferma?

—Anda, vamos, estréchame la mano como un hombre.

—Dime cómo te has enterado.

—¿Vas a estrecharme la mano o no?

—¿Quién te lo ha dicho?

Él se balanceaba sobre los talones.

—¿Es ésta la manera correcta de tratar a tu padre?

Corrigan le dio la espalda, depositó un beso sobre la fría frente de nuestra madre y se marchó sin decir una sola palabra.